

Orbis Tertius, 2012, XVII (18)

Leerse en la novela y formar parte de la cultura nacional (Colombia a mediados del siglo XIX)

por *Carmen Elisa Acosta Peñaloza*
(*Universidad Nacional de Colombia*)

RESUMEN

A mediados del siglo XIX en Colombia se establece una relación entre la lectura colectiva y la privada donde las prácticas están determinadas por la fuerza de lo público. Pensar en las relaciones entre lo público y lo privado permite, en el caso de la literatura, particularmente las novelas y los cuadros de costumbres, ver cómo estas afectan la lectura en las conexiones entre el mundo del texto y el mundo del lector y la intervención del discurso nacional. A continuación se expondrán algunas de estos contactos en función de nuevas propuestas de investigación en la historia de la lectura.

Palabras clave: literatura colombiana - historia de la lectura - siglo XIX - novela

ABSTRACT

In Colombia around the middle of the XIXth century a relationship between collective and private reading is established whereby practices are determined by the force of the public. In the case of literature, particularly novels and sketches of manners, pondering the relationships between the public and the private enables us to see how these affect reading in its connections between the world of the text and the reader's world and the intervention of national discourse. In what follows some of these contacts will be presented with a view to new research directions in the history of reading.

Key words: Colombian literature - history of reading- XIXth century - novel

“Del gesto en la lectura”

1. Todo el peso del cuerpo debe descansar en la pierna derecha
2. Que las rodillas estén rectas, y lo mismo el cuerpo, aunque no perpendicular sino inclinado a la derecha, y más bien hacia adelante
- 3 Tener el libro o manuscrito en la mano derecha
4. Mirar los más a menudo al auditorio, sin perder el lugar del libro en que se lee u olvidar las palabras
5. Levantar la mano derecha cuando se exprese algo sublime, o haya de mostrarse el cielo
6. Señalar el suelo con la mano derecha (y nunca con un solo dedo), cuando lo exprese el sentido
7. No accionar nunca con la mano en que se tiene el papel o libro en que se lee

José Joaquín Ortiz. *Lecturas selectas en prosa y verso para los alumnos de las escuelas de Colombia*

1. Leer en el mundo

Las instrucciones que anteceden este texto no fueron extrañas a los libros de educación durante el siglo XIX. La lectura como forma de comportamiento social hacía parte de las diversas estrategias que eran aprendidas por los jóvenes estudiantes y que a la vez consolidaban las prácticas que posteriormente les permitirían su ingreso a los espacios letrados, donde se compartían las obras, bien fueran propias o ajenas, en la búsqueda por adquirir unos horizontes de vida y participar de las actividades de una colectividad.

Leer en voz alta es quizá uno de los gestos que expresan en un mismo espacio esta doble dimensión, en la que participan de manera simultánea la intimidad del lector y su accionar

público, que provienen de la individualidad y que son partícipes de expresiones culturales de la colectividad. Aun así este hecho no es privativo de dicha acción en la que participa el elemento particular de la oralidad. Los múltiples gestos que provienen de lo aprendido, están presentes en todas las actividades lectoras, en las que actúan la tradición y las convenciones que están construyendo el discurso y la recepción de los lectores, como aquellos que a la vez leen y escuchan. Los lectores participan del mundo de lo conocido y de lo desconocido, las experiencias particulares que viven mientras leen.

Sin duda alguna, José Joaquín Ortiz (1888: 30) presenta unas convenciones que deben ser practicadas en espacios particulares, pertenecientes a la escuela y de carácter religioso, pero también existieron otros espacios donde se daban las lecturas en familia que eran promovidas por varias publicaciones periódicas, al igual que los encuentros de los artesanos, la lectura de prensa y de novelas en el altozano de la Catedral y en las tertulias desarrolladas en las casas de escritores, lectores e imprentas.

En la configuración de las comunidades de lectores, leer consistió en una manera de compartir una actividad fuertemente propiciada por la norma. Si bien el espacio público construido por la lectura en voz alta tuvo, y probablemente tiene, como objetivo compartir un discurso, el interés por la historia de la lectura y sus diversos procesos lleva a indagar cómo aquellos que reciben un texto lo leen de manera diferente, dada su particular tradición lectora u horizonte lector, pero a la vez dicha lectura está determinada por algunas condiciones que hacen que se presenten espacios compartidos, horizontes que generan posibilidades de vincular lo individual a un grupo lector.

Si bien este interrogante es muy amplio puesto que convoca la participación de los múltiples elementos que actúan en esta actividad, y por lo tanto se puede buscar respuesta en varias vías, en este intento, se elegirá el camino sustentado en la afirmación de Roger Chartier (1992: 21) en la que plantea que el libro apunta siempre a instaurar un orden, pero aun así no es omnipotente para anular la libertad de sus lectores.¹ Estos se mueven entre la rebelión y la coerción, y por lo tanto no se puede suponer que la literatura generara cambios directos así se propusiera producirlos, impedirlos o por el contrario mantener las tradiciones, como ocurrió en algunos casos a mediados del siglo XIX. Adicionalmente a la relación del lector y los textos, se plantea cómo estos se sostienen en una serie de relaciones determinadas por su participación en una particular colectividad, menor como en el caso de la propuesta de Ortiz en el ámbito educativo o más amplia como puede ser la nacional. Así, si bien podría plantearse que la lectura individual está dirigida desde los textos, a la vez las prácticas lectoras, en el caso de la literatura colombiana de mediados del siglo XIX, estaban condicionadas por una fuerte tensión reguladora que provenía de lo público hacia lo privado, y en la que la libertad estaba limitada por la necesidad de las élites de configurar una serie de discursos que participaran en la consolidación de la nación.

La lectura de literatura participó en la tensión del mundo de lo público frente a lo privado en la doble vía que permite pensar la lectura desde las propuestas de las obras, que a la vez estaban determinadas por lo colectivo; y las prácticas sociales que buscaban que el lector no realizara una libre apropiación de los textos y que buscaban intervenir sobre el carácter íntimo de la lectura en razón a estar controladas desde la norma o desde un concepto de literatura. Es necesario aclarar que teóricamente identificar una relación directa e inmediata, entre lo público y lo colectivo, y lo privado y lo individual puede presentar problemas. Dicha relación se establece en este caso como parte de la hipótesis inicial sobre algunos de los procesos lectores del siglo XIX en Colombia. Por lo pronto se exponen aquí sólo dos factores que intervienen en la manera como lo público busca determinar lo privado: los que plantearon al lector la posibilidad de leerse en los libros particularmente en la relación entre el mundo del texto y el mundo del lector; y la tensión de lo nacional y la presión que ejercía sobre la lectura biográfica y la lectura del texto. Quedarán para otra ocasión, aquellas relaciones con las prácticas y las

¹ “Descifradas a partir de esquemas mentales y afectivos que constituyen la “cultura” (en el sentido antropológico) de las comunidades que las reciben, se convierten para éstas, a modo de recompensa en un recurso precioso para pensar lo esencial: la construcción del vínculo social, la subjetividad individual, la relación con lo sagrado” (Chartier 1992: 21).

condiciones materiales de lectura y el problema aún sin desarrollar de la indagación de la lectura desde lo íntimo.

2. El mundo del texto y el mundo del lector

La literatura ingresó con relatos y descripciones, con historias y personajes presentados en novelas y cuadros de costumbres a la sensibilidad de los lectores, a lo cotidiano, a la representación del amor, a los sentimientos y a los gustos. Estos mundos escritos se propusieron construir formas en las que al leer literatura aquellos lectores podían ser conducidos a asumir o vivir cambios en el pensamiento y en la conducta. La literatura creaba así formas de representación de la realidad con las que cargaba de sentido el mundo vivido por aquellos, en una representación de la realidad con la que debía identificarse el lector, que si bien no era homogénea comportaban algunos rasgos comunes en las formas de representación.

La formación de un lector nacional implicó discursos y prácticas cruciales en la formación de la subjetividad de los ciudadanos, donde lo público, lo textual y lo social se entrecruzaron con lo individual (Poblete: 2003). En este cruce los autores crearon relatos que por su carácter verosímil parecieron verdaderos. El propósito era presentar situaciones, cuadros, momentos donde los “mundos amoblados” (Eco 1981: 173) estuvieran creados con elementos identificables para el lector o de los cuales tuviera referencias cercanas. Aparecieron así activos en las obras personajes femeninos como María Dolores, Dolores, Manuela y Tránsito, los masculinos Demóstenes, el Dr. Temis, Andrés Cortés de Mesa o José de la Cruz Rodríguez; lugares como Mompox, Ambalema o Bogotá, París, Madrid o New York; regiones delimitadas por el río Cauca o el Magdalena; espacios como casas, calles y campos. Cada una de las formas con las que se construía el mundo narrado era responsable directa de cómo los individuos se relacionaban con su realidad y las respuestas morales y políticas con las que se identificaba. A mediados del siglo XIX, la descripción de las costumbres, fue ideal para este propósito.

En este ambiente, las historias construidas por los colombianos, muchas veces siguiendo estructuras extranjeras, fueron en torno a de personajes que en ocasiones enfrentaron problemas de orden moral. Podría plantearse que a partir de las historias individuales los escritores participaron en la construcción de imaginarios, como sistemas de representaciones por medio de las cuales la sociedad se explicó a sí misma. Por este carácter no se puede hacer una lectura directa de los mundos amoblados de las novelas en relación con las vidas de los lectores. Esta surge de una mediación que, en el caso del siglo XIX, estuvo determinada generalmente por la política, la religión, la literatura europea y que, sólo a finales del siglo, tuvo una clara intención estética.

Las novelas de mediados de siglo contaron con fórmulas estereotípicas de la narración. Ellas expresaban las acciones de los personajes correspondientes a sus posiciones en el campo moral, basados en una construcción maniquea de los caracteres, en la que por medio del procedimiento de la contraposición se propuso la construcción de unos valores. Novelas fuertemente opuestas como *Las confidencias de un cura de mi pueblo Eustacio Santamaría y Viene por mí y carga con U.* de Raimundo Bernal Orjuela participaron de este hecho. Quizá de esta manera lograban dividir el mundo entre un sujeto y los otros, los buenos y los malos, los civilizados y los que no, y lo que fue central lo permitido y lo no permitido. Estas diferenciaciones fueron propiciadas tanto por conservadores como liberales, católicos y los que decían no serlo tanto, los que provenían del campo y los de la ciudad.

Los autores quisieron resaltar la importancia de las costumbres, su valor casi igual a la que tienen las leyes y la posibilidad de extraer de ellas una propuesta moral y didáctica sobre la que se debe consolidar el espíritu nacional. Lo anterior era posible a la vez si se pensaba con Eugenio Díaz que "Los cuadros de costumbres no se inventan, se copian" como afirmó en su epígrafe a *Manuela*, en 1858. Para los autores las descripciones se convirtieron en una estrategia para moldear los hábitos y los gustos, y éstos fueron creados a partir de un narrador que se identificaba con el lector y sus iguales, frente a los otros ubicados en un mundo exterior que merecía ser descrito. Las diferencias en la vida diaria, se mostraban al construir los textos con los elementos en los que a diario hombres y mujeres del siglo XIX, vivieron fuertes tensiones y en las que se definían sus actitudes religiosas y políticas: no importaba si los textos provinieran de una tendencia más liberal como en el caso de José María Samper o más conservadora como

José David Guarín, las tensiones entre el campo y la ciudad, el pasado y el presente, lo nacional y lo extranjero estaban presentadas en la minuciosidad del acontecer diario, en el relato detenido de los cuadros. Así, construyeron mundos que no entraban en diálogo, que no se transformaban unos a otros y en los que más que una situación dramática, se construyó un amontonamiento de objetos en los que los personajes no sufrían transformaciones sociales ni morales (Colmenares 1988: 258). Se trató entonces de contar historias en las que era más importante estar, que ser. Los mundos privados en los que se leía el lector de esta manera carecieron de interioridad, como carecieron de interioridad los personajes.

Al igual que en los cuadros de costumbres, en las novelas el narrador observaba al campesino desde la distancia, juzgaba la pobreza de las campesinas, el sufrimiento de los jornaleros, sentía aprehensión por los criminales y ladrones, y veía el sufrimiento de los niños descalzos y barrigones en las ciudades. A la vez, a los lectores les describieron detalladamente lugares desconocidos “para aquellos probablemente nunca han vivido en provincia” y que quizá no lo hagan jamás. Los narradores señalaron los sufrimientos de los personajes y la dureza de su entorno. Pero aun así, pese a una velada crítica a la situación actual que tiene enfrente, el narrador no entró en contacto con la realidad, sino en un cruce de caminos en el que el azar se le presenta, y deja como resultado una reflexión o moraleja. En compañía del lector, como lo señalaba dentro de una convención que como tal era reiterada, describió, resaltó, heroizó e idealizó la acción de estos individuos que ha descrito a la distancia y que se integran al mundo natural, lo que quizá es la manera para que no se propenda por un cambio radical en su vida: es el caso de las diversas Rosas que en humildes viviendas, pobres pero limpias, habitan los campos. Don Demóstenes, protagonista de *Manuela*, un hombre liberal de ciudad, admiraba a las campesinas y la belleza de su vida casi salvaje, pero jamás llegará a compararlas, al menos en un nivel de igualdad, con la novia que ha dejado en la ciudad; en cuadros de costumbres como “El Correísta” de José María Vergara y Vergara o “El Boga del Magdalena” de Manuel María Madiedo será explícita la admiración por los personajes descritos, como ocurrirá con otros tipos humanos, entre otros mujeres, jornaleros, indígenas y mulatos por la necesidad de sus labores, pero nunca el narrador querrá ser aquel que las realiza o al menos parecérsele un poco en su forma de vivir y en los hábitos que conforman su vida.

Lo extranjero será el otro espacio de distanciamiento y de simultánea identificación del mundo del lector con el mundo del texto. Es bastante común que quien cuenta la historia sea un viajero, algunas veces del campo que por su condición se somete a los sufrimientos inevitables de la ciudad y que debe retornar a su lugar de origen apreciando lo que en su abandono no había valorado. El narrador-viajero llevaba consigo el propósito de la escritura y fue consciente del papel que como observador contribuía en el desarrollo de su discurso. Fue usual el viajero ciudadano bogotano o extranjero que se desplazaba con las mejores comodidades, nunca a quedarse y siempre a retornar, con un ideal o con material para escribir un nuevo cuadro o para relatar una novela. La inmutabilidad de las costumbres, frente al progreso y a las necesidades comerciales, en la mayoría de las expresiones costumbristas expresó como prevalecían en las tradicionales formas hidalgas, herencia del mundo español, que si bien podían ser superadas desde otros discursos como el político, volvían a estar presentes en los artículos, cuadros y novelas.

Las acciones de los extranjeros, como personajes o como parte de su relación con la moda o con los cambios en los hábitos cotidianos y en los usos del lenguaje, estarán también presentadas desde versiones diferentes como ocurre en *Laura* de Soledad Acosta o *María Dolores o la historia de mi casamiento* de Juan Francisco Ortiz, pero ambas como formas de ubicación del lector nacional frente al otro y en tanto lo extranjero como forma para demarcar sus límites.

De esta manera la élite consolidó un discurso que apoyaron la construcción de sus mundos privados, sin centrarse en una descripción directa de su propia individualidad, sino llegando a ésta por la mediación de la descripción del otro, al marcar las diferencias. A la vez, el cambio en los gustos fue un problema de las clases dirigentes. La influencia extranjera transformará el aspecto de la mujer y sus hábitos, los objetos del tocador, la cotidianidad en el arreglo y el uso de talcos y perfumes. Pero no fue únicamente la imagen femenina la que reiteradamente estuvo condicionada y dirigida por los cuadros. Los peligros en las costumbres,

estuvieron presentes también en la imagen individual de los hombres, por ejemplo el caso del uso de “las guacharacas”, uso que adquiere una importancia política: “De aquí depende, sin duda, que los poetas románticos de la nueva escuela se dejen crecer las barbas, uñas y cuanto tiene, a semejanza de Nabuco, para asirse a guisa de simios de los que y con lo que pueden” (Lombana 1859: 231). Las imágenes del romántico y del cachaco fueron objeto de permanentes descripciones en las que los vestuarios, accesorios y gestos darán cuenta de su participación en la colectividad.

El narrador, mediante la estrategia del contraste, señala sus propios límites y los del lector al encontrarse frente a situaciones ajenas a su cotidianidad. Describió los pueblos con sus diversas festividades, el Corpus, el día de mercado y las fiestas de San Juan en tierra caliente. También ingresó en compañía del lector a las casas de los campesinos en las que tras la venta quedaba la alcoba, y volviendo a un tramo la cocina, la pieza de amasar, con su grande, mugroso, viejo y sonoro cernidor de a carga. Entró a la alcoba y a la sala, asunto preocupante para los ojos del ciudadano, estas eran compartidas, usualmente, con cerdos y gallinas, pero que para el campesino de la ciudad eran espacios oscuros y cerrados. Descansó el viajero de las incomodidades en la soledad de la hamaca o el chichorro, encendió su cigarrillo y escucho las historias de los arrieros o los sonidos del monte al caer la noche, dibujó sus recuerdos o compuso versos y cuadros en su infaltable cuaderno de viaje. En la ciudad compartió la música que tocaban las jóvenes para los convidados, asistió a la ópera y paseó por la alameda hacia el cementerio. La realidad, dada su distancia y sus diferencias exigía ser permanentemente representada. Cambiar las condiciones del campo, por un ideal de ciudad que no habría de cumplirse es una condición que buscan demostrar los cuadros literarios, nuevamente proponiendo al lector un mundo de desigualdades sociales y políticas que deben mantenerse. El campo y la ciudad, lo extranjero, las guerras como problemas compartidos, presentan el paso de lo individual a lo público: Están presentes en lo que se denomina la galería de tipos de la ciudad el chino de Bogotá, el cachaco, el antioqueño o el santandereano.

Los narradores crearon un discurso en un ambiente cotidiano, con un humor construido a partir de la reiteración de lo conocido, sobre aquello que los lectores tenían enfrente, sin buscar ni lo exótico, ni lo particular. La manera de hablar de los personajes comportó una señal de sus ideas y de su condición social. En la novela *La Maldición* de Madieto los bogas son conscientes de las diferencias que los separa del joven blanco que acaba de regresar del interior, y el caso más referenciado al respecto presentado en *Las tres tazas* de José María Vergara y Vergara. Otra forma está dada en la diferenciación que marcaban las formas de hablar entre el uso del español moderno con su influencia de anglicismos y galicismos y las formas, señaladas como las más puras provenientes directamente de la tradición española. Los cambios intervinieron en el mundo privado de las relaciones familiares.

Autor, narrador y personaje mantuvieron entonces una relación de interdependencia dirigida por un proyecto de escritura. El narrador fue confiable y construyó mundos igualmente confiables basados en la tradición frente a la cual ubicó al lector, lo que le dejaba muy poco espacio de acción independiente. A esto contribuía el respaldo que daba la legitimación de los autores en el siglo XIX, quienes asumieron profesiones de autoridad en las que además de escritores, fueron políticos y educadores, lo que no impidió que simultáneamente se desempeñaran en el comercio. En la relación que establecía con el lector, la voz íntima del narrador se respaldó en la voz pública del autor. Esta actitud estuvo afianzada por la presencia del narrador (autor), que en el transcurso de la obra, se dirigía al lector con permanentes intervenciones y excursos explicativos y evaluativos sobre el desarrollo de la historia. Estos puentes entre autor, texto y lector contribuyeron a la generación de identidad entre el mundo del lector y el mundo leído. Veamos un ejemplo, en la introducción a *Una taza de claveles* de Juan de Mina (J. M. S), en 1864: “Si el lector ha creído inconducentes al propósito novelesco de esta historia las reflexiones precedentes, esperemos que no será del mismo parecer una vez que, conociendo al primero de nuestros personajes, encuentre en él la personificación verdadera, aunque débilmente presentada, de algunos de los elementos sociales a que hemos aludido” (Juan de Mina 1864: 329).

Es necesario recalcar, entonces, como en direcciones distintas la palabra escrita fue capaz de ingresar a la vida privada, configurando y ratificando perspectivas de vida que eran

asignadas desde lo público colectivo pensado por la nación. Sería interesante lograr un mayor avance en el estudio de las formas de subjetividad que entran en diálogo con estas relaciones mundo-lector, lo que llevaría también al acercamiento a lectores individuales, entendiendo la individualidad no anclada en el sujeto sino en la acción, entre grupos por ejemplo de mujeres, niños, artesanos, políticos, etc. Por el momento podría afirmarse que las relaciones establecidas desde los textos sirvieron a las élites para cumplir su intención explícita de vincular el mundo interior de la novela como algo permanente en el tiempo, con el mundo exterior efímero y en permanente construcción. Las obras confirmaron los hábitos de los lectores con los que cruzaron ilusiones, deseos, imágenes y experiencias que tenían que ver con lo cotidiano y lo concreto, articulado por su mediación con otros discursos religiosos y políticos.

3. Los límites al lector

Pero si bien la función social de la literatura está determinada por su intención de transformar al individuo y sus relaciones y reacciones frente al mundo, aparece la necesidad de reflexionar sobre como lo individual actúa socialmente y en este caso, como lo público determina dicha acción. Anteriormente se señaló que no se trabajarán aquí, por cuestiones de espacio, las condiciones materiales de lectura en las que es posible también evidenciar esta relación y en las que necesariamente tendrían a participar formas asociativas, espacios de lo público que rozaban con lo privado, como por ejemplo las tertulias políticas, las de la masonería, las de los artesanos, las asociaciones católicas (Loaiza Cano 2011: 22). Por lo pronto se dará una aproximación a la conformación de publicaciones periódicas, comunidades de lectura y expresiones sobre la norma colectiva como agentes centrales que intervienen de la configuración de los procesos lectores.

La experiencia individual de la lectura estuvo fuertemente marcada por la importancia que se dio a la prensa como proyecto nacional, que además de tener la función práctica como portadora de la información, participó de manera activa en la construcción de discursos de y sobre la nacionalidad. La búsqueda de una expresión que estableciera vínculos con la política y la región era el eje central sobre el que se fundamentaban los discursos incluido el literario. En esta voluntad letrada de institucionalizar la nación su participación estuvo marcada en dos vías fundamentalmente: en primer término, la participación en la función pública de generar formas y espacios de asociación y los referentes que los conforman (Múnera 2008: 26)² y los modelos normativos. En segundo término, en participar en el desplazamiento desde lo individual en aquello que años más adelante se consolidaría como la opinión pública (Múnera 2008: 48).³

Poemas, cuentos, cuadros y novelas por entregas participaron de publicaciones no solamente literarias, sino también políticas, religiosas, comerciales y científicas. La prensa se encargó de crear un tipo de receptor para la literatura, un sujeto colectivo denominado “público”, en la proyección de intereses comunes. La lectura se propuso, entonces, como un acto que asociaba un grupo específico, caracterizado, una forma de socialización desde los textos, como una relación activa e inmediata entre el periódico y sus lectores. A la vez, como una diferenciación inmediata y clara frente a los que no lo eran y eran excluidos desde el interior del proceso, los no letrados o los que no participaban de sus propuestas.

La prensa estuvo sostenida en varias ocasiones por las reuniones que se realizaban en las imprentas en grupos literarios o tertulias, por ejemplo la de *El Mosaico* (1858-1872), que se realizaba en sus primeras épocas en la Imprenta de José Antonio Cualla como proyecto de

² Refiriéndose a lo público político Leopoldo Múnera señala tres momentos en el siglo XIX colombiano: 1) Relaciones de poder entre los diferentes sujetos y actores sociales, dominantes y subordinados; 2) La transformación entre lo particular y lo común mediante diversas formas de publicidad y de institucionalización política; 3) El producto mismo del proceso: los referentes comunes del conjunto o de la parte de las comunidades o asociaciones políticas (valores, imaginarios, bienes simbólicos, ámbitos espaciales, normas, decisiones colectivamente vinculantes, normas, decisiones, organizaciones o asociaciones, representaciones culturales) (2008: 26).

³ “...la opinión pública se caracteriza por ser uno de los instrumentos fundamentales en la producción de lo público-estatal y de los referentes comunes que le otorgan legitimidad a uno u otro proyecto societal. La publicidad literaria y política termina fundida en la producción social y cultural del Estado en el juego particular de las fuerzas políticas” (2008: 48).

unificación de la literatura nacional. Estas reuniones se dieron también en casas de escritores o políticos como por ejemplo la de Lino de Pombo de la que da cuenta Luciano Rivera y Garrido en sus *Memorias de un Colegial*.

El caso de la tertulia, el periódico y la Biblioteca de *El Mosaico* es quizá una de las más representativas por ser la publicación periódica de carácter literario de mayor duración durante el siglo. En *El Mosaico* participaron reconocidos dirigentes de los dos partidos, que si bien se enfrentaban en la tribuna pública y hasta en los campos de batalla, con las letras intentaban construir un espacio conjunto de neutralización de las diferencias en función de la construcción de un concepto de nación. Dicha neutralización se daba en tanto las relaciones colectivas se instalaban a partir del carácter multiplicador de la producción, en un espacio en el que se vinculaban lo público y lo privado. Los escritores se hacían a la vez lectores en cadenas en las que participaba la comunidad en la ampliación de suscriptores y lugares de distribución, dedicatorias, correspondencia y cadenas de escritos, entre otros.

El lector de la prensa literaria podía, tan sólo en apariencia, elegir la solución a sus expectativas. La publicación iba seduciendo a los lectores hacia unos desplazamientos determinados por el concepto de literatura. Estaba ante la oferta de textos que el periódico se encargaba de proponer en posibilidades que moldearon dichas expectativas pero que a la vez se dejaron moldear por ellas. Los intereses de los públicos lectores estaban probablemente a la espera de la última entrega de las novelas “La condesa de Montecristo” o “De un cuento color de rosa”, a la vez recibieron en los primeros años publicaciones nacionales y algunas españolas para posteriormente ampliar el número a francesas, pero en ningún caso alguna alemana o de oriente, en todo caso muy pocas de América Latina.

Las novelas tanto nacionales como extranjeras que se publicaron allí no podían de ninguna manera “atentar contra las buenas costumbres”⁴ y en tanto participaron en la concepción misma de lo social. El resultado, si bien se excluía la política de su discurso y las polémicas más actuales entre liberales y conservadores, propició una tendencia de carácter más conservador con la presencia del catolicismo como la constante.

En ella, como en muchas otras publicaciones, las mujeres ocuparon un papel fundamental. Su participación como colectividad estaba asociada bajo una serie de principios que estaban expuestos de manera explícita. La prensa y la novela fueron centrales en la descripción del mundo íntimo de la mujer y en la manera como le propusieron formas de representación individual y social. Proliferaron los periódicos dirigidos a ella y a la familia, y se publicaron y promocionaron las novelas que se consideraban eran apropiadas para los proyectos políticos y religiosos de los partidos (Bermúdez 1993). Los escritores católicos escribieron varios artículos sobre lecturas prohibidas y asignaron a padres, madres, maestros, sacerdotes y escritores la responsabilidad sobre las consecuencias individuales, para el hogar y en tanto para la sociedad, a las que podrían conducir unas malas lecturas, particularmente francesas. Contemporáneas a *El Mosaico*, los periódicos *El Catolicismo* y *La Caridad* asumieron como objetivo permanente dicho propósito.

Podría plantearse entonces que la lectura individual está determinada por el texto y por la manera como éste permite al ingreso en una lectura activa. Pero a la vez y volviendo a lo dicho anteriormente, está marcada por la forma desde lo público, por la presencia de modelos individuales y sociales y cercada por la normas que restringen los desplazamientos lectores. La intimidad considerada como el ámbito que reconoce en los otros el ámbito de la colectividad, la privacidad como espacio pleno de lo individual está así al menos desde las razones de lo público en control permanente. Las publicaciones permiten a la sociedad la consolidación de referentes comunes, en la medida en que se asume la posición de presentar los intereses particulares como si fueran colectivos y a partir de allí la élite letrada se adjudica la representatividad de toda la comunidad que acepta como partícipe de la nación. En esta medida la novela construye mundos privados sobre lo público al representar una serie de valores colectivos. De ahí la necesidad de

⁴ La afirmación es utilizada en varias ocasiones en el periódico tanto en las revistas iniciales como en la publicidad o reseña que se hace de obras. El caso más reiterado es el de la novela *El Doctor Temis* de José María Ángel Gaitán.

pensar la tensión de lo nacional y la presión sobre la lectura biográfica y la lectura de las novelas.

Queda entonces mucho por estudiar al respecto: sobretodo lo que tiene que ver con los indicios de la lectura íntima y las posible fisuras que pudo presentar a las comunidades lectoras del siglo XIX. Podría pensarse su presencia por el énfasis permanente en las publicaciones sobre el peligro de la lectura (Behar 1988: 15). Se encuentran en los discursos autobiográficos referencias por ejemplo a lecturas a escondidas como la realizada Rivera y Garrido y la lectura libre de otros textos que regularmente no están en manos de las lectoras como las de Soledad Acosta y descrita en su diario.

La reflexión sobre la lectura y las diversas relaciones sociales entre lo público y lo privado conducen entonces a pensar en un ámbito poco explorado en el caso colombiano como es la expresión de lo íntimo en la lectura, entendido éste como factor de modernidad. Indagar por las posibilidades que tuvieron los neogranadinos de establecer un diálogo diferente con la literatura y abrir nuevas propuestas sobre las prácticas sociales, en procesos de secularización frente a la norma, permite ampliar nuevas perspectivas para la historia de la lectura.

BIBLIOGRAFÍA

- BEHAR, Helena (1988). *El ámbito íntimo (Privacidad, individualismo, modernidad)*, Madrid, Alianza.
- BERMÚDEZ, Susy (1993). *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical*, Santafé de Bogotá, Eco-Uniandes.
- CHARTIER, Roger (1992). *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa.
- COLMENARES, Germán (1988). “Manuela, novela de costumbres de Eugenio Díaz”. *Manual de Literatura colombiana*, T. I. Bogotá, Procultura-Planeta.
- ECO, Umberto (1981). *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen.
- JUAN DE MINA (J.M.S) (1864). “Una taza de claveles”. En *La Opinión*, Bogotá, p. 329.
- LOAIZA CANO, Gilberto (2011). *Sociabilidad y política en la definición de la nación. Colombia, 1820-1886*, Bogotá, Universidad Externado.
- LOMBANA, Vicente. “Las Guacharacas”, *El Mosaico*, N° 29, Bogotá, julio 16 de 1859, p. 231.
- MÚNERA, Leopoldo (2008). *Fragmentos de lo público-político. Colombia siglo XIX*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia - Ed. La Carreta.
- POBLETE, Juan (2003). *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autorales*, Chile, Editorial Cuarto Propio,
- ORTIZ, José Joaquín (1888). *Lecturas selectas en prosa y verso para los alumnos de las escuelas de Colombia*, Bogotá, Imprenta Fernando Pontón.